

PARA
SIEMPRE



Lo que la adopción nos enseña
sobre el corazón del Padre

Aixa de López

BH
ESPAÑOL
NASHVILLE, TENNESSEE

Contenido

<i>Dedicatoria</i>	7
<i>Agradecimientos</i>	9
Introducción	
<i>Un poco de mi historia</i>	11
<i>La razón de este libro</i>	14
<i>Términos útiles</i>	19
1 El diagnóstico: un corazón huérfano	21
2 El inicio de nuestro final feliz: el corazón del Padre	53
3 El costo de nuestra adopción: el amor del Hijo	85
4 Sellados por el Espíritu Santo: la garantía de nuestra adopción	115
5 En pos de corazones rebeldes: el poder transformador del amor inmerecido	155
6 Adoptados para adoptar: el reflejo del Dios que da vida	189
Conclusión	
<i>Para Siempre: nuestro verdadero final feliz</i>	237
<i>Recursos recomendados</i>	245
<i>Bonus Track</i>	247

Introducción

Un poco de mi historia

El 18 de febrero de 2013, regresábamos del segundo entierro del año. Dos personas importantes en la vida de Alex y mía habían terminado su carrera.

Estar en el cementerio el día que uno cumple años es bastante raro, pero sumamente útil. Vi clarísimo que la vida se va pronto, como un visitante muy deseado que tiene que hacer otro mandado. Como dice un amigo, no sabe uno si está cumpliendo un año más o uno menos... Y es que justo en esos días, también leí un artículo sobre Bronnie Ware, una enfermera que se especializó en asistir a pacientes en su etapa terminal, y mientras lo hacía, logró recopilar los lamentos más frecuentes en esos últimos días, y me marcó. El reproche número uno es «no vivir una vida auténtica, sino una conforme a las expectativas de los demás».

¿A qué me estaba llamando Dios? No se puede terminar bien una carrera sin estar en la pista que Él destinó para que corriera.

PARA SIEMPRE

Ese día, resolví como nunca antes que no me iba a morir sin vivir la vida que Dios había destinado para mí; pagaría el precio de obedecer Su voz y viviría radicalmente. De una sola pieza. Para Él.

Dios no se pone en marcha porque nosotros nos decidimos; nos decidimos porque Él ya se puso en marcha.

Ese año pasó a la historia como uno de los más felices. No fáciles. Felices. Empezamos a decidir y cosas empezaron a pasar. La vida no cambia porque uno tiene buenos deseos o sueños nobles. Cambia cuando uno hace lo que no había hecho y llama a la puerta que uno siempre había pensado pero nunca se había atrevido; el timbre de ese lugar donde Jesús se ríe y llora con los niños, donde besa la frente de los ancianos, donde sostiene la mano del enfermo, donde abraza al afligido. Allí empiezan los movimientos que transforman vidas.

Pocos eventos tienen el poder de volcar la vida como el embarazo. Había tenido dos embarazos muy dichosos y poco complicados. Este otro está en su propia liga... *¿Cómo explica uno un embarazo del corazón?* Mientras muchas amigas exhibían sus vientres crecientes para que el mundo entero las viera, yo recordaba las palabras que caracterizaron a María: «y meditaba todas estas cosas en su corazón». Yo había empezado a orar acerca de adoptar. Y entre más entendía mi estatus de hija muy querida, más me dolía ver el estatus del huérfano. Muchas veces, una esposa y mamá que

ora para que ella y su familia experimenten a Jesús es peligrosa en el mejor de los sentidos.

Durante nuestros meses de espera, veía los espacios para embarazadas en los estacionamientos de los centros comerciales y tenía que pasar de largo. Mi ilusión y amor pesaban como tres panzas, pero eso no vale para parquearse.

En un blog muy tierno, leí sobre una hija que llegó a casa por medio de la adopción. Su familia estaba en el circo el día que ella nació. ¿Yo? No sé exactamente qué estábamos haciendo cuando nacieron nuestras dos pequeñas, pero estoy absolutamente segura de que Dios estuvo allí haciendo lo que Él sabe hacer, desde Su vista majestuosa de águila, uniendo nuestras vidas en un destino apuntado para la gloria de Su nombre. Jesús estuvo allí y eso me basta. Si Él conocía nuestro principio, también sabe nuestro final. Si esto es vivir auténticamente para hacerlo a Él famoso, es un honor. Si la obediencia para nuestra familia es dar la bienvenida a otro par de piecitos que caminarán junto a los nuestros, ¡QUÉ BELLEZA DE PLAN!

Es asombroso pensar que podemos desplegar una imagen del amor de Dios en la cual no solo somos familia por lazos de sangre, sino por lazos de amor de pacto, en la cual no hace falta que nos parezcamos para ver en los ojos del otro al Jesús de la Biblia que amó a colores. Uno puede escoger construir una vida de acuerdo

con sus planes —pero eso es un trabajo agotador— sin tregua, y sin gloria verdadera. Vivir para el plan de Dios implica morir —no solamente tratar, sino morir—; pero lo que obtenemos a cambio es una relación viva, cálida, donde hay descanso, donde nuestro corazón de huérfanos es reentrenado para confiar. Me desafía caminar por el camino menos transitado que no ama porque tenga garantías o porque convenga. Es emocionante (y a ratos también aterrador) vivir la verdad del evangelio que proclama que no estamos condenados simplemente a replicar lo que traen nuestros genes, que nadie es un caso perdido y que el poder del Espíritu Santo del Dios que vive es el que ama tan incansablemente, que derrite hasta transformar.

El camino de la adopción es uno poco transitado en nuestro contexto latinoamericano, y es un privilegio traer a la familia a alguien, porque es como desatar una ola que impacta hasta quién sabe dónde...

La razón de este libro

«He despertado en el redil, no sé cómo, entre algodones y cuidados del pastor...». Esa belleza de canción fue de las primeras con las cuales me identifiqué siendo nueva creyente, y que me llevó a las lágrimas más de una vez. Con su vena poética, Marcos Vidal describe el misterio de haber sido trasladado a un lugar hermoso, seguro y

permanente. Cuando la escucho, casi puedo sentir la tibieza y el aroma del lugar. Me encantaría pedirle que adaptara una estrofa que dijera algo como: «He despertado en esta casa y, ¡dime! ¿Cómo? Recibiendo besos y sonrisas de un nuevo Papá». Porque, aunque el concepto de Dios como Padre y nosotros como hijos es muy común e incluso ampliamente aceptado —aun por no creyentes—, he notado cuán poca enseñanza y exposición existe sobre el cómo llegó a suceder tal cosa. Incluso nos fascinan los títulos de príncipes y princesas, herederos y linaje escogido, pero sin dedicar espacio a meditar en la manera en que eso pudo ser posible.

Aunque indudablemente el proceso biológico que me convirtió en mamá las primeras dos veces refleja de forma majestuosa el carácter de Dios, y sin duda Él usó con poder esa experiencia para revelarse a mi vida, fue en el año 2014 que nuestra familia comenzó a navegar por el río llamado adopción, y el trayecto me está dejando lecciones asombrosas e imposibles de guardar acerca de lo que implicó para el Señor llevarnos a Su mesa.

Lo escribo en tiempo presente porque ser papás es para siempre y no dejaremos de aprender jamás. Con el avance de esta historia que Dios ya tenía escrita, voy teniendo nuevas vistas y aprendizaje a cada trecho del recorrido y, sin embargo, necesito aclarar que este no es un libro autobiográfico. Primero, porque sería extremadamente pretencioso... ¡solamente llevamos unos seis años y medio en esto!

Y segundo, porque no quiero exponer la privacidad de nuestras hijas que vinieron por el milagro de la adopción. Al final, es *su* historia y quiero respetarla.

Agregado a esto, no soy experta. Soy una mamá que ama al Señor y que, de paso, escribe. Como a menudo digo en nuestro grupo de apoyo llamado Corazones Fértiles, estamos juntos aprendiendo y nos necesitamos unos a otros, y por eso allí no existen «líderes», sino solo anfitriones. Llego arrastrándome a esa reunión la mayoría de las veces y jamás salgo con menos que el corazón enternecido por lo que Cristo efectuó a mi favor en la cruz del Calvario, muy a pesar de mí. Hacemos un círculo con esas sillas de plástico y abrimos nuestros libros y nuestros corazones. Cada mes, se hace necesario reubicarnos viéndonos a los ojos, animándonos al recordar que no vamos solos y que la lucha por amar, aprendiendo a ser padres, nos obliga a seguir aprendiendo a ser primero hijos.

Lo digo con frecuencia: sinceramente, cada vez entiendo menos cómo se puede adoptar sin el recurso del evangelio... porque en cada etapa de este recorrido, lo que me ha sostenido es conocer que Dios me ha amado sin límites en mis peores días.

Muchas de las historias que llenan estas páginas para ilustrar el evangelio salieron de ese grupo de gente bella que decidió no solo recibir a pequeños extraños en sus vidas, sino encarar

los particulares retos y alegrías que implica ese recibimiento, caminando junto a una comunidad que, si bien no puede resolver cada dolor, acompaña, abraza y sabe celebrar victorias enormes como el cambio de nombre o el abrazo voluntario después de años de tratar de alcanzarlo.

El propósito de este libro no es idealizar la adopción ni a las familias que las vivimos, sino muy por encima de eso, ver juntos la Escritura a través de la ventana que Dios abre en este mundo caído por medio de familias como la nuestra, rotas y sostenidas por la gracia, para por fin ver más claramente cómo fue que llegamos a los brazos de este Papá que nos hizo suyos para siempre.

También quiero resaltar que este no es un libro técnico ni científico sobre trauma, psicología infantil o situaciones similares, pero encontrarán términos y breves explicaciones de esos campos, simplemente porque a medida que yo misma he ido aprendiendo, me asombra poder ver las huellas del Creador en cada detalle biológico, cada explicación científica y cada porqué detrás del comportamiento humano; por eso mi alegría no sería completa, ni sería fiel administradora de lo que he recibido por gracia, sin repartirlo a quienes me leen.

Para terminar, sepan que la mayoría de los nombres fueron cambiados y algunos detalles en las historias fueron alterados para guardar la privacidad de los niños y sus familias.

ALGUNOS TÉRMINOS ÚTILES PARA FACILITAR LA LECTURA Y UNIFICAR CRITERIOS:

Orfanato

Aunque en Guatemala, donde vivo, no se usa ese término desde hace tiempo, comprendo que será más fácil distinguir durante la lectura esta palabra, en vez de «Hogar de abrigo y protección», que es lo que hoy se usa para referirse a instituciones que acogen niños y adolescentes cuando sus familias de origen no cuentan con la capacidad de resguardarlos.

Familia biológica

Usaré esta expresión para referirme a la familia de origen de los niños que llegaron por medio de la adopción, para diferenciarla de su familia actual. No es la «verdadera familia» o «la familia real». Su familia «verdadera» o «real» es la que corre a comprar al supermercado, los inscribe en el colegio, celebra sus cumpleaños, los disciplina y los ayuda al caerse cuando aprenden a andar en bicicleta.

Hijos biológicos

Los que llegaron a la familia por la vía «convencional». Usaré esta expresión cuando sea estrictamente necesario para claridad en las historias.

¡Aprovecha bien este libro!

Anota y medita

Cada capítulo terminará con una sección llamada: «Anota y medita». La incluí después de leer a conciencia un par de libros de estudio en los cuales me obligaban a pensar mucho y escribir. Realmente es un ejercicio que pareciera sencillo, pero hace que la información aterrice y te permite procesarla. Lee lo que haya que leer, date tiempo para pensar y meditar y anota lo que tengas que anotar. Dios puede hacer mucho en esos momentos.

1

El diagnóstico: un corazón huérfano

En otro tiempo ustedes estaban muertos en sus transgresiones y pecados, en los cuales andaban conforme a los poderes de este mundo. Se conducían según el que gobierna las tinieblas, según el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia. En ese tiempo también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros propósitos. Como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios.

Efesios 2:1-3

El orfanato secreto

Ellos asentían con la cabeza y una sonrisa a medio pintar; la fachada intacta, pero planeaban constantemente solucionar

las cosas a su manera. Oían las voces de este par que había llegado a su vida sin realmente pedirlos —aunque los necesitaban desesperadamente— y los oían y asentían porque habían aprendido cómo se mantiene esa paz superficial que a los adultos nos encanta tanto, aquella con la cual podemos seguir con las tareas del día pensando que todos estamos «bien». Asentir sin confiar se vuelve una especialidad de tantos de los pequeños sobrevivientes que por fin aterrizan en una familia porque han llegado a concluir (aun sin poder realmente entenderlo o articularlo) que es inútil confiar en alguien más y que lo único seguro es lanzar una cuerda hacia el pozo profundo de ellos mismos, ignorando que es una muerte segura.

Después de lograr distinguir una serie de banderas rojas, esta mamá estaba al borde de lo que ella sentía como locura. Las mentiras, las miradas perdidas, la falta de palabras, las amistades peligrosas, los desprecios y los berrinches eran exactamente como los recordaba con sus hijos biológicos cuando tenían dos años, pero ahora estaba reviviéndolos con un par de niños de cuerpos fornidos que arribaron con músculos desarrollados en el campo de fútbol del orfanato por años... músculos que se desarrollaron debajo de una piel sedienta de afecto seguro.

Pero había llegado la mañana que lo cambiaría todo, o al menos, le daría el valor de enfrentar la realidad: el acto de adopción aún no

había hecho efecto en estos corazones, que si bien habían cambiado de domicilio y nombre, seguían arraigados a su vieja manera (la *única* manera) que conocían de hacer las cosas. Fue como si algo —o Alguien— invisible tomara sus manos para entrar en esa habitación y hacer una limpieza más allá de lo normal. Lo que comenzó como una mañana para organizar mientras todos estaban en el colegio terminaría en un nuevo plan que atendía a la urgencia más fuerte: la orfandad que aún regía esos corazones.

A medida que avanzaba la tarea de recoger, tirar y reordenar, la mamá fue descubriendo cosas que iban simultáneamente rompiéndole el corazón y también el orgullo, y encendiendo una furia que no había conocido antes. Cartas escritas a chicas con un lenguaje (¡e ilustraciones!) que nunca habrían dicho o mostrado frente a ella o el papá, botellas de gaseosa —una bebida restringida en la casa— escondidas en el fondo del ropero, una billetera llena de dinero que Dios sabe de dónde habría salido... Este par de criaturas de diez años y menos había desarrollado todo un sistema que les permitía vivir en su pequeño mundo (yo le llamo «orfanato dentro de la familia»), al mismo tiempo que gozaban de la protección y los beneficios de haber sido bienvenidos. Dicho en otras palabras: salieron de la orfandad, pero la orfandad no había salido de ellos. Ya era hora de que esto terminara de una vez por todas, o al menos, de que comenzara una nueva etapa en estas vidas.

La piedra fundamental llamada APEGO

Nadie nace con un título en crianza, y después de ser madre biológica dos veces, puedo dar fe de que para ser madre por adopción, no solo necesito aprender muchísimo, sino también desaprender otro tanto. Estas son otras ligas, pero he tenido evidencias de la gracia y el cuidado del Señor al proveer recursos en mi camino que me ayudaron a comprender el porqué de tantas cosas y más allá, me equiparon para amar a mis dos chicas de orígenes difíciles y ver allí destellos del propio corazón de Dios.

Como les dije en la introducción (si es que la leyeron; si no, pongan aquí el separador y regresen... los espero), no intento hacer creer a nadie que soy experta o que este libro es sobre psicología infantil, pero es inevitable mostrarles mi asombro ante los simples hechos de nuestra naturaleza y conducta humana y de cómo fuimos diseñados por Dios; cada función biológica, cada comportamiento de sobrevivencia, nos habla de algo mayor y más trascendente. Por eso, conocer un poco más acerca de cómo funcionamos y los efectos del trauma en nuestros cuerpos, mentes y corazones ha bendecido mi vida, no solo como mamá sino como hija de Dios.

Me atrevo a pensar que si el pueblo de Dios supiera más sobre trauma infantil o trauma en general, crecería en su asombro sobre el incomparable buen Padre que tenemos y cómo nos diseñó para anunciarse aun en medio de las carencias más severas.

Diane Langberg, una respetada terapeuta experta en temas de abuso, ha dicho que el campo misionero más fértil bien podría ser el del trauma.

Uno de los recursos más valiosos fue haber sido invitada a participar del entrenamiento llamado Cuidadores Competentes en Trauma (Back2Back Ministries). Allí se especifica que existen tres hitos de desarrollo que los bebés alcanzan al recibir la provisión necesaria para sus necesidades: la permanencia de objetos (la comprensión de que los objetos o las personas siguen existiendo, aunque no se los pueda ver, oír o tocar), la autorregulación (la habilidad de manejar emociones sin ayuda externa) y el apego.

En el librito *Wise Short-Term Missions* [Viajes misioneros sabios]¹ se ofrece una definición sencilla y acertada de lo que es el apego:

Es el lazo emocional que se forma cuando un adulto seguro suplente de forma consistente las necesidades de un niño a través del tiempo. Para niños que han experimentado trauma o pérdida, el apego es especialmente crítico para la sanidad. El apego afecta de por vida la habilidad de formar relaciones sanas.

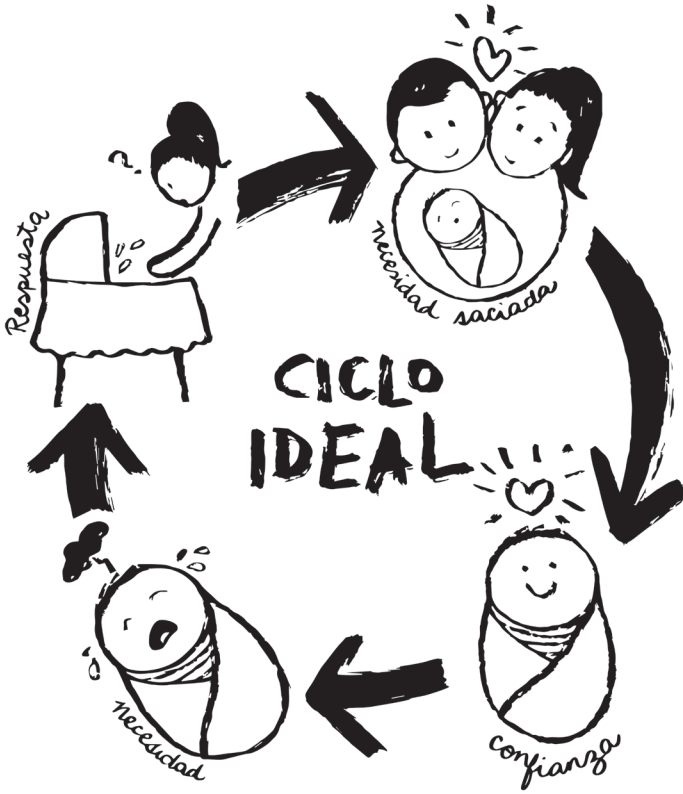
¹Publicado por CAFO-OVC Research [Alianza Cristiana para los Huérfanos, Investigación pro Niños Huérfanos y Vulnerables].

PARA SIEMPRE

Presta oído, Señor, a mi oración; atiende a la voz de mi clamor. En el día de mi angustia te invoco, porque tú me respondes (Sal. 86:6-7).

Ningún ser humano en la historia del universo fue diseñado para vivir independiente de los demás o de Dios, y mucho menos al inicio de su vida. Nuestro Dios es fundamentalmente relacional y al hacernos a Su imagen y semejanza, nos *cabléó* para sentir la necesidad profunda de forjar caminos que nos conecten con otros, y al final anunciarnos que no nacimos para nosotros mismos, sino para Él. Esto nos lo muestra vez tras vez en toda la creación, incluyendo las complejas y misteriosas relaciones humanas.

En una familia «normal», cuando se le da la bienvenida a un pequeño y frágil bebé, él o ella se va a casa con un papá y una mamá inexpertos, pero idealmente, con la dicha de la asistencia de un par de abuelas amorosas e ilusionadas, además de abuelos, tíos y el resto de la familia extendida y la familia espiritual. El día entero, especialmente durante los primeros meses, se construye de ciclos nada glamorosos en los que el bebé necesita algo y papá o mamá —¡o todos los anteriormente mencionados!— corren a investigar, responder y solucionar lo que sea que ese pequeño necesita.



En este momento, podemos también empezar a calcular el inmenso valor en el diseño de la lactancia materna. Todo concluye con el final más dulce y feliz que un recién nacido pudiera soñar: el toque envolvente, el olor inigualable, el sonido del corazón que lo arrulló nueve meses y la distancia absolutamente perfecta para que sus ojos débiles puedan enfocar su paisaje favorito, el rostro de su mamá. Toda esta experiencia afectiva y sensorial sustenta muchísimo más que el crecimiento físico, porque el fin máximo es grabar en la mente y el corazón que *soy de alguien, estoy seguro*.

Estos ciclos de llanto-atención, protesta-respuesta, se cierran cientos de veces durante el día —¡y la noche!— (o al menos, parece esa cantidad y más) por diseño divino, porque tienen el propósito de crear los lazos de confianza que serán la base que le permitirá al bebé ir construyendo *todo* lo demás en su vida. Por eso me preocupo y entristezco cuando veo mamás que no recogen a sus bebés para alimentarlos, sino que les colocan la pacha (el biberón) con alguna cuña improvisada para sostenerla y los dejan en su carrito constantemente (nota la palabra *constantemente*). También me entristezco cuando noto que la niñera es la que recibe los abrazos, las caricias, las risas y las llamadas de ayuda porque la mamá está muy ocupada en su *brunch*. Ese es otro tipo de orfandad en donde también se sufre trauma.

Mamás jóvenes: el tiempo vuela, y el cansancio pronto se vuelve un recuerdo. Abracen, besen, miren a los ojos, memoricen esas manitas, jueguen, canten, lean... aseguren una rutina repleta de contacto físico y ciclos repetitivos predecibles. Los frutos llegarán.

Es precioso ver esa coreografía que se desenvuelve en un ambiente familiar típico (incluyendo todos los defectos y fallas) y casi siempre, sin que las partes realmente se den cuenta del milagro que sucede dentro del cerebro y la conexión que se forja con cada pequeña conversación y sonrisa. Es algo mágico

observar con detenimiento estas interacciones que, al cabo de un par de meses de respuestas consistentemente amorosas, harán que el bebé conozca bien cuál es su lugar seguro y se quejará si percibe que algo no está bien.

Amo especialmente encontrarme a alguna mamá joven que empuja el coche donde va su bebé y cómo, sin excepción, cuando me agacho a saludar al bebé que ya tiene la capacidad de sentarse solo e ir viendo al frente, voltea instantáneamente hacia el rostro de su mamá para verificar que soy alguien seguro, y solamente se relajará o sonreirá cuando reciba la señal aprobatoria de la expresión o las palabras de ella. Este delicado proceso es una marca maravillosa de que este pequeño bebé ha llegado a depender de su mamá como debe ser y ella (y los demás adultos seguros en su vida) es el referente de lo que es bueno y seguro y de lo que no lo es.

Decir que un bebé es «huraño» porque llora en brazos de alguien que no conoce es erróneo e incluso ignorante, porque este es un apego deseable y saludable, en especial durante el primero año. ¿Cómo nos sentiríamos si, de la nada, un perfecto extraño nos apretara un cachete y nos acariciara la cabeza estando parados en la estación de autobús? ¡No tardaríamos en pegar un grito y estamparle una buena cachetada! Creo que nadie podría llamarme huraña o maleducada ante esa situación y, sin embargo, eso es exactamente lo que esperamos que nuestros bebés toleren.

Hay un momento para todo, y ciertamente llegará el día en que ser sociable, educado y amable no será negociable, pero jamás podemos esquivar la etapa en la cual los pequeños aprenden a identificar con perfecta claridad quiénes son los adultos seguros de su vida bajo nuestra guía, límites y ejemplo. Además, debo aclarar que aun cuando llega la edad del famoso «m'ijo, salude», eso no significa que debamos empujar a los niños a ser monitos de circo, listos para dar un espectáculo a cuanta gente se nos ocurra. Parte de amar a nuestro prójimo (sí, ¡nuestros hijos son nuestros prójimos!) es respetar sus personalidades y velar porque sus necesidades básicas estén cubiertas antes que nada, porque un niño con hambre o sueño rara vez será un niño demasiado amable y educado.

En un ambiente donde un niño es apreciado, guiado y protegido, recibe el fundamento que le permitirá esencialmente *CONFIAR* y, por ende, salir a explorar el mundo de manera segura.

LA TRAGEDIA DE LOS CICLOS NO CERRADOS

Ahora lloro en los benditos *baby showers*, y no creo que sea por la edad. Antes eran solamente una buenísima excusa para juntarnos con amigas, aconsejar a la nueva mamá y bendecirla con muchas cosas útiles para su nuevo reto; pero ahora no puedo dejar de ver alrededor los globos, las flores, los regalos y las mesas llenas